

EL CARNAVAL DEL RÍO: GUARDADO EN LO PURO DE SUS RAÍCES

CARNAVAL DE SANTA ANA

Enrique Royero*

Identidad es aquello que nos queda cuando todo lo ajeno desaparece.

Simón Martínez

Cuando es tiempo de carnestolendas, momento de trasgresión, el ser comienza a reproducir el inventario de creatividad en sus raíces.

El carnaval de Santa Ana, como una festividad legada en el proceso de aculturación y transculturación mediante el tamiz adelantado por la Iglesia Católica durante la conquista y el coloniaje realizado por España, dejó las raíces de este festín capaz de producir el frondoso árbol que hoy se conoce como Carnaval del Río.

Pero todo no es heredado, es hora ya de que empecemos a inventariar los aportes del pasado prehispánico y los del presente, producto de una cultura pluriétnica que ya tiene la suficiente madurez y el reconocimiento en la historia.

En el pasado prehispánico, el territorio conocido hoy como Santa Ana estuvo habitado por Malibues y Sondaguas, indígenas Chimilas (cuyo vocablo significa muchedumbre), que realizaban fiestas alegres y bulliciosas llamadas Guanguara, que así como en la antigua Grecia y luego en Egipto y Babilonia, se anteponen cronológicamente a los conceptos hasta hoy manejados; estos parrandones se ofrendaban a deidades de la agricultura y cosechas, donde se aprecia la similitud mítica como una concepción universal en el pensamiento de las distintas culturas; o, como el carnaval

indígena del valle del Sibundoy en el que se hace un agradecimiento a las bondades de la naturaleza. Parece como si en el mundo antiguo los mitos hubiesen estado atados a una sola civilización.

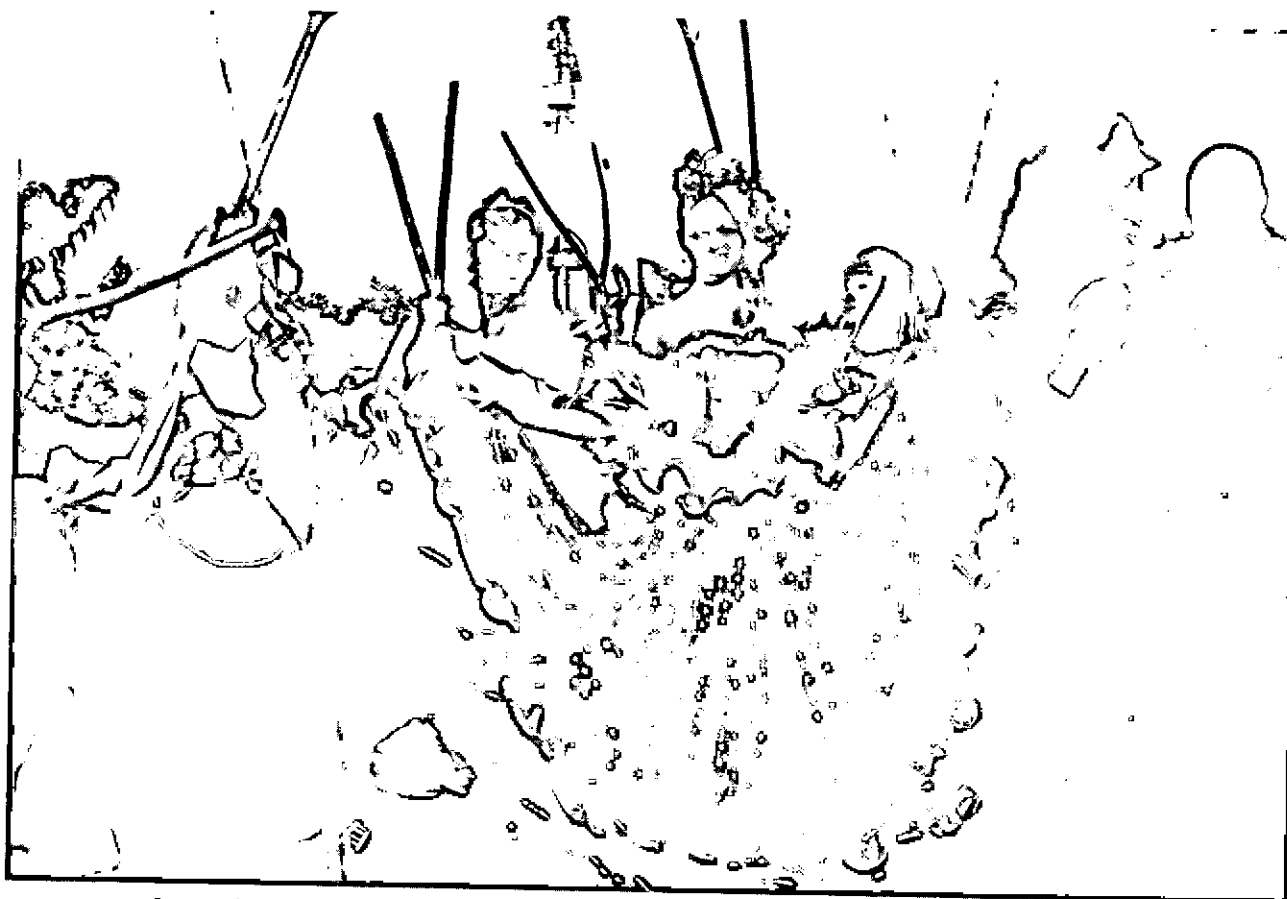
Durante el proceso histórico el carnaval dejado por España en el territorio americano y específicamente en el Caribe colombiano, inicialmente transcurría en lo urbano, en el espacio de la ciudad colonial, como Cartagena, Santa Marta y Mompo; con toda una concepción del carnaval europeo que perdía el promedio ante otro que se adelantaba en los pequeños poblados con un carácter rural, que a diferencia del anterior era producto de la triétnicidad con características propias, valor, sentido común los cuales gradualmente fueron el caldo de cultivo de lo hoy conocido como Carnaval de Barranquilla.

Durante la colonia, un punto de confluencia de estas manifestaciones festivas rurales fue Santa Ana, la cual recogió las danzas de negros de Menchiquejo y Guataca, así como también de otras poblaciones desde San Sebastián de Buenavista hasta las Bocas de Tacaloo por el brazo de Mompo.

Hoy por hoy el Carnaval del Río de Santa Ana pudo desarrollar su propia dinámica, hasta el punto de consolidar sus valores representados en grupos como los Indios Bravos, tradición mantenida por la familia Caro; Indios Mansos, la danza de Indios Malibues, ganadora del Gallego de Oro

* Arquitecto de la Universidad del Atlántico. Directo de la casa de la Cultura de Santa Marta.





Lectura del Bando 2000. Yelisa González Alfaro. Soberana del Carnaval acompañada por los personajes del grupo de disfrases «Gallegos». Foto de Enrique Royero.

en el Carnaval del Río versión 1996, dirigida por el creativo Elías Calderón; El Gallego, que alcanzó la dimensión de danza, llevada a cabo gracias al Licenciado Edilberto Campo Acuña; danza de Negros y Negritos por Ignacio Grau; Farotas como las de Fabio Terraza y Félix Cervantes, que evocan la nostalgia de su regreso; sainetes como los de los Hijos de la Niña Luz, Jairo Ruidiaz, Guillermo Molina y Alejo Gutiérrez; disfraces como el Diablo por Artemio López; el látigo, una representación del demonio; Tigres, Murciélagos, El Fenómeno de Rafael Grau, las barras de embadurnadores y mojeciones del Barrio Arriba y el Barrio Abajo, entre otros. También por sus grandes desfiles y derroches del carnaval callejero, presencia de danzas y grupos folclóricos de la geografía regional, bailes de disfras en salones y casetas de merecido reconocimiento por propios y extraños.

Para un mayor conocimiento y profundidad de estos componentes conformadores del folclor local, los cuales se constituyen en grandiosos y verdaderos valores del Carnaval del Río, algunos serán retomados para una mayor ilustración.

Gallego: Disfraz satírico, máxima simbología del Carnaval del Río de Santa Ana, que también hace su aparición en Plato y Tenerife. Originalmente representa la burla y la sátira envuelto en un lenguaje cotidiano de remedo y mofa en contradicción a lo establecido, produciendo la antítesis de una sociedad en permanente cambio.

En el diccionario de Mitos y Leyendas de Joce G. Daniels G., se describe "Gallegos: Personajes de la comedia carnalesca que tiene su mayor influencia en los pueblos del Río Grande de la Magdalena, especialmente en Santa Ana, en el Departamento del Magdalena. Según la leyenda,

los gallegos son personajes que vivían encaramados en las ramas de los árboles y se alimentaban del viento que soplaba del Norte, de allí que tienen una enorme y desproporcionada barriga que parece un globo que les permite flotar. En aquel pueblo, aunque los recuerdan en tiempo de carnaval, la gente dice verlos sobre las copas de los árboles”.

¡Gallego barriga de cebo!... El estribillo recorre las calles arenosas de Santa Ana confundido en un aroma de sudor, pringamoza y licor que contagia al más desprevenido e indefenso jugador de carnaval, arrastrándolo a una subrealidad que trasciende los límites de la intangibilidad.

El Gallego, como danza, parte en dos la historia de un disfraz o sainete trascendiendo a la dimensión sublime de la danza, tomando la parafernalia del Gallego evolucionado de Santa Ana, que a partir de los años 50 pierde su estructura como sainete, se individualiza tomando otras características, diferentes a las del Gallego de Plato y Tenerife, fundamentalmente en su vestuario y actitud.

La danza recorre el imaginario de un carnavalero Gallego que clandestinamente sale de casa y parajes desconocidos, armado de pipa, horqueta, máscara y pringamoza, deformación absoluta que desidentifica a quien lo representa, creatividad colectiva que desborda las barreras entre lo real y lo imaginario, lo extrasensorial y lo sublime, lo real y lo mítico como un gran desafío entre la vida y la muerte.

La estructura de la danza presenta una combinación de ritmos y bailes folclóricos populares que el Gallego recoge en su recorrido donde quiera exista la música, desde la mañana hasta su extenuado desaparecer en altas horas de la noche. La danza sintetiza la aprehensión de un muchacho correteador de Gallego que quiere engañarlo mediante una dádiva.

El Gallego se ha convertido en la máxima simbología del Carnaval de Santa Ana, porque

hasta el momento ha sido el disfraz con mayor sentido de pertenencia entre la niñez, la juventud y los adultos, que lo personifican y recrean de diferente manera: desde un sainete o disfraz satírico –hechos parateatrales- hasta concebirlo como danza; a diferencia de otros, que tienen un carácter de tradición familiar, o de grupo social particular al punto de llegar a expresar sentimientos y escucharse entre los pobladores que: “un carnaval sin gallegos no es carnaval”; así se refleja en las letanías de Alfonso Durán:

Quiero describir a Santa Ana
en mis bellas letanías
ya mi tierra se engalana
aquí llega la alegría.

Comienzo por el Gallego
la danza tradicional
si en Santa Ana no hay Gallego
se jodió el carnaval

O como esta bella estrofa inédita a ritmo de cumbia del arquitecto Rafael Díaz:

“Rumores que lleva el río
deja que el pueblo lo cante
en este mundo no existe
quien lo viva y lo aguante
el carnaval, su Gallego
y que la fiesta no pare”.

Y las estrofas de un chandé, del mismo autor:

...Los Gallegos de Santa Ana
y su reina soberana
son los que me hacen vibrar.
La dulzura de su reina
se desgrana con su risa
y se torna en carnaval.

...En el Pueblo de Santa Ana
ya se vive, ya se canta
nadie lo puede parar
los tigres junto a los indios



los Gallegos con su grito
son los reyes del carnaval.

Así como en Santa Ana, el personaje del Gallego es, ha sido y será alma, vida y nervio de la máxima expresión festivo-folclórica conocida con el nombre de Carnaval del Río, en la población de Plato el tradicional Bando de Gallegos no lo es menos, porque se constituye en un hecho trascendental que resume este jolgorio. En Tenerife, donde el Gallego se complementa con la "matanza del tigre", tiene un sitio de relevancia dentro de la tradición; tanto es así, que los tenerifeños consideran su suelo como la cuna de este Quijote carnavalesco que anda deshaciendo entuertos de alegría y remendando las tristezas que puedan agobiar al pueblo.

Farotas: Cuando, todavía no se había posesionado el siglo en los verdes espacios donde posteriormente se desarrollaría mi infancia y juventud, ya Melquiades era amo y dueño de los caminos que de Macondo llevaban a "Las Ánimas". Su llegada podía constituirse en el arribo de un pequeño rey mágico acompañado de una corte colorida, de saltimbanquis, relojeros, sanadores, vendedores de lo indecible y lo inmencionable, pitonisas y descrestadores capaces de maravillarme con su farnofelia de resplandecientes botellas que podían contener lo inimaginable, que podría ser desde el feto de un dinosaurio hasta una poción para convertir a un hombre en caimán.

En el tránsito de Las Ánimas a Mompox, una estela de amores remendados, suertes esclarecidas, acompasadas con la música granulada de una armónica pesarosa; en medio de todo, la alegría incontenible, se metía en la seda olorosa a mujer gitana. Desde los

barrancos de Santa Ana podía verse el largo camino de sombrillas, sombreros y pañolones descansando en el Viejo Puerto, o en la albarrada de Talaigua Nuevo; era entonces cuando la música se posesionaba de aquellos cuerpos angulares y de fragilidad insospechada, envueltos en muselina, trenzados en un amable combate en el que las faldas se desplegaban como alas de garza; todo era saltos, serpenteos y una risa que se perdía entre las flores de los pinta canillos que aromaban las orillas del majestuoso brazo de Mompox; una nube de polvo les daba un carácter de ensoñación, una visión etérea, casi celestial que se repetía una y otra vez en cualquier recodo del camino, que pasando por Santa Ana, Pijiño del Carmen, San Fernando de Oriente, Talaigua Nuevo, El Vesubio, venía de Macondo a Mompox.

En mi confrontación con las Farotas, la "Carmen" de Merimee, moldeada a luz y sombra por la mano misteriosa de Carlos Saura, inmersa en un ambiente de violencia corporal y pasos firmes, de brazos revoloteando sin afanes hacia el sortilegio de la muerte, fue determinante; imágenes cinematográficas que se fueron como por entre un tubo hacia un pasado casi olvidado, se hicieron patentes y tangibles. Todo estaba ahí: un lejano olor a recordación se instaló en mi mente cuando doce hombres fornidos, mozalbetes mas bien, en medio de la Plaza Boyacá y encabezados por otro hombre con un inequívoco aire de matrona, de rasgos indiscutiblemente mestizos, cuyos ropajes con su colorido se superponían a aquellas visiones del ayer; un legado que hoy es una mezcla de sentimientos de un pueblo, una necesidad de expresarse de manera auténtica: el mestizo apropiándose tanto de las costumbres europeas como de la





Disfrases. Foto de Enrique Royero.

nostalgia indígena que fluye por los agujeros de una caña de millo y extrayendo del negro el golpe de tambor para lo que finalmente se convertiría en danza.

Farotas: Palabra árabe que significa mujer chismosa y de poca reputación; en la región define a una danza que se articula y desplaza con trancos largos en vaivenes que desarrollan diferentes pasos. Como danza de gitanos, sus orígenes se pierden en los inicios del siglo XX. En el momento combinan algunos elementos de la tradición conservando la indumentaria de clara influencia gitana. Según Joce G. Daniels G., son hombres que se visten de mujer, con anchos faldones de vistosos colores, blusas escotadas, sombrero medieval adornado con flores y el estandarte que identifica al ejército. Entre los gitanos fue una danza guerrera, luchadores siempre hacia delante, marchando a zancadas con una sombrilla como lanza. Hoy día se utilizan diferentes instru-

mentos y ritmos que la acomodan a las circunstancias.

Indios Bravos: Actualmente son dirigidos por el popular Beto Caro, representa la eterna lucha social entre sometidos y dominadores, manifestándose como una tradición en el carnaval de Santa Ana. Los indios Chimilas, etnia guerrera e indómita, pobladores de esta región, significaron la mayor dificultad para la corona española en su empresa conquistadora y colonizadora de las ricas tierras aledañas al río Magdalena. ¿Pero quiénes eran los Chimilas? En palabras del padre Antonio Julián: "Estos son como los moros de Argel y Túnez en el mediterráneo: corsarios, inquietos, crueles y traidores. Son el terror de los que navegan el río Magdalena, tienen siempre en consternación y susto a los que viajan por la provincia; y como están casi en el centro de ellas, no hay lugar libre de sus inopinados asaltos fuera de las poblaciones grandes. Es nación bárbara,

porque nunca conquistada, a lo menos por entero, ni evangelizada, queda sin cultura, viviendo entre las negras sombras del gentilismo, ni aún se sabe qué Dios adora. Es traidora, porque nunca aviene a cuerpo descubierto. Arma sus emboscadas, y cuando menos piensa el pasajero, se siente encima una lluvia de flechas que ocultamente le disparan. Es terrible en todos modos. Terribles por sus flechas envenenadas, terrible, por vagabunda y corsaria por todos los fines de la provincia y terrible por meter las asechanzas donde menos imagina el pasajero incauto. Se mete el chimila entre matorrales junto al camino real; y una hoja, como de palma o de plátano, basta, no digo para esconderse un chimila, sino una tropa de ellos”.



Los grupos de Indios Bravos, encarnan la lucha y el coraje de las tribus Chimilas, haciendo representaciones que no son otra cosa que combates fingidos tras una recompensa en dinero o licor; lo que de alguna manera constituye la supervivencia de este grupo en el carnaval.

Majagua “colorá”, cepa de plátano, juncos y hasta los escobillones desenrollados de paja se trastocan gracias a la magia carnalera y a la imaginación de estos humildes trabajadores, en ricas vestimentas complementadas con el colorido de plumas de aves fantásticas. Según la jerarquía, el rojo del achiote o el blanco impoluto de origen vegetal, es la simple coraza protectora que distingue al cacique entre el grupo. Una gama de adornos que van desde brazaletes, pectorales, narigueras, collares, tocados de cabeza, hasta elementos de defensa: lanzas, arcos y flechas, todo ello de acuerdo a la disponibilidad de los recursos del momento.

Hordas de indios se toman las calles y la gente con el respeto o temor que les infunde se cuidan de acercárseles. Se han conocido robos y galantes secuestros de reinas del carnaval, así como de otros personajes relacionados con la festividad, quienes recobran su libertad mediante trueque en dinero o en especie.

Diablos: “En mi vida había visto diablo más hermoso, lo etéreo de su danza lo desprendía del suelo, sosteniéndolo en el aire como una imagen fantasmagórica, era una lengua de fuego que titilaba reflejando el sol multiplicado en los espejos que orlaban su cara”. Así comenzó su relato el señor Cástulo Gonzáles López al referirse con nostalgia y pasmosa claridad

al señor Antonio Matute “El diablo cojo”, que para la época de Corpus Christie al igual que Juan Campo Cuello, Plinio Morales y José Dávila representaron el mal vencido y sometido por el bien; manifestación recurrente en la mayoría de las festividades religiosas que conformaron el legado religioso-cultural español. Tal vez ésta haya sido la inspiración para que en las carnestolendas el señor Antemio López, –diablo de carnaval–, se convirtiera en uno de los disfraces más llamativos de esta fiesta. Vestido de rojo, ceñido al cuerpo, pasos marcados por el sonido metálico de cascabeles y espuelas, complementado por la estridencia de una matraca que lo anunciaba. En su rostro una máscara que por su forma y dimensiones bien podría ser un sombrero, roja como el granate, tachonada de espejos y con una enorme lengua colgante, símbolo de la mofa, la burla y la sátira, principios básicos de esta celebración. Su danza, más que un baile, era una serie de brincos armónicos que confirmaban su condición extra terrena; un ser mítico capaz de volar al ritmo de un chandé, una cumbia o un

pajarito. La reafirmación de amo y dueño de la alegría y el festejo estaba simbolizada en un perrero, con el cual sometía a quien osara atravesarsele.

Como quiera que fuera, el Carnaval del Río de Santa Ana es el conjuro con que se liberan los poderosos espíritus de la alegría, cómplices de una luna grande y redonda, una expresión de vida retocada con pinceladas de lo arcaico, de lo primitivo, guardado en lo más puro de sus raíces.

El Carnaval del Río es un elemento de la identidad santanera, porque, además de conciencia, encarna un conjunto de sentimientos enraizados en el hombre de esta tierra, fraguados por la unión de convivencia y unión con su entorno del que hace parte, por encima del espacio y del tiempo, personas, objetos, valores, paisajes, comportamientos, historia, costumbres, cotidianidad, conocimiento y tradición. Como elemento de identidad, el Carnaval del Río es el resultado de vivencias permanentes que el santanero ha construido y transformado en imagen, memoria y conciencia bajo la tríada de pertenencia, cohesión y arraigo sin desconsiderar el significado de toda acción humana en cuanto es respuesta del sujeto a las situaciones cotidianas que se le presentan, pero que están ligadas a la conciencia colectiva. El recuerdo, emulando el espíritu del documento de Colcultura "Hacia un mundo posible", en el sentido en que: "La identidad cultural es el lugar en que se vive la cultura como subjetividad y donde la colectividad se piensa como sujeto".

Hacer carnaval no es fácil, quien se atreva a hacerlo tiene el poder de interactuar con el futuro. El Carnaval del Río fuera de ser un homenaje al pasado y una vivencia del presente, también es una proyección y reto que explicará nuestra existencia insertada en las generaciones venideras. Es la formulación de identidades múltiples en una diáspora anfibia caribeña y es también espacio y tiempo de reflexión como escenario de desarrollo y paz; sirve para señalar qué somos, qué

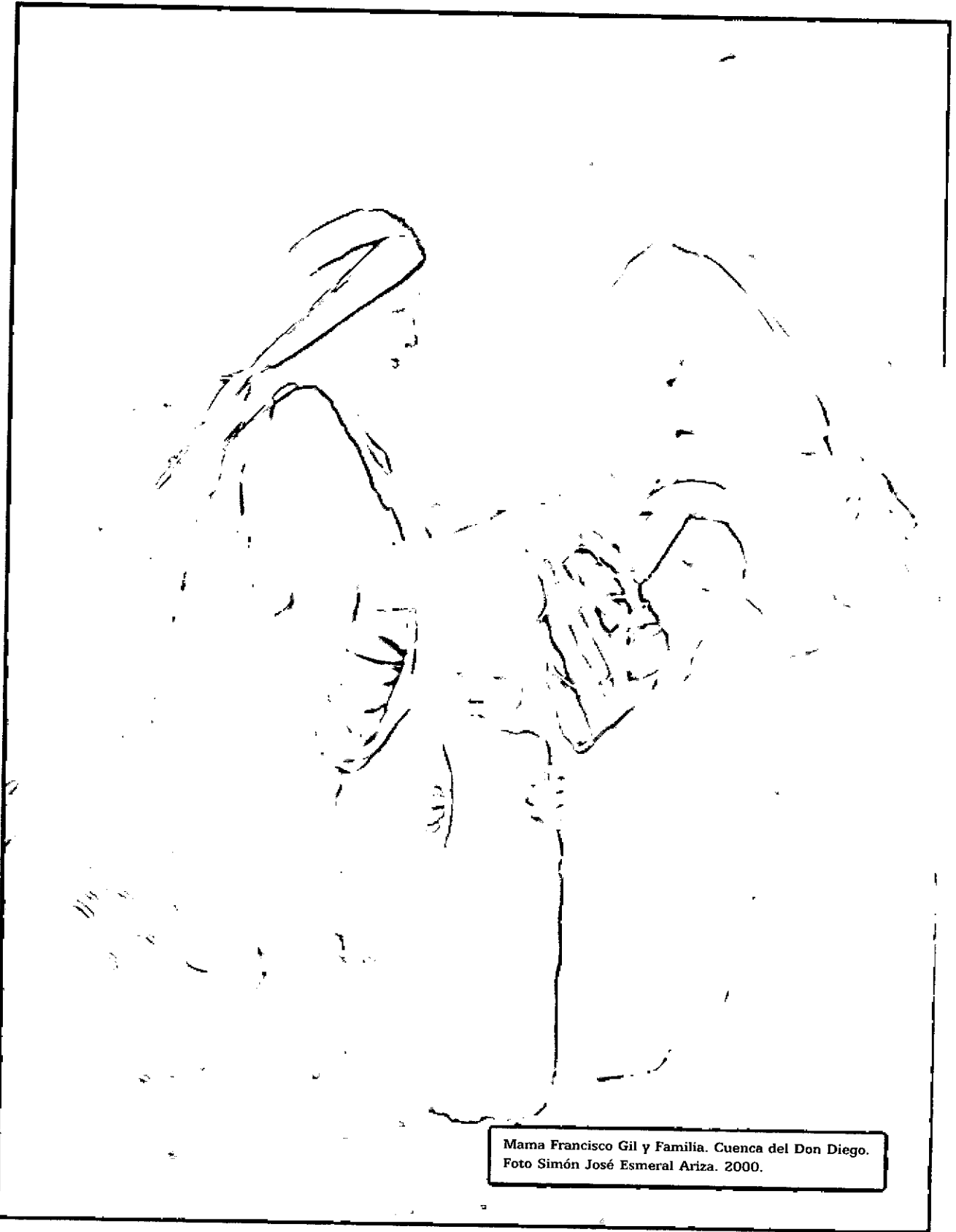
queremos y para dónde vamos, en un lenguaje de canto a la vida, al amor, la burla, la sátira, la risa y la fantasía en contraposición a la realidad establecida.

Como toda buena acción del hombre debe estar encaminado a la construcción de una sociedad que le garantice su permanencia y apertura de espacios para el desarrollo y libre crecimiento personal, en un mundo de convivencia pacífica ratificada por el fortalecimiento de valores y justicia social. Es misión de este estudio llegar a signar una propuesta encargada hacia la protección, mantenimiento y fortaleza de este jolgorio de siglos, de concreción de espacio social, de apropiaciones y alternativas santaneras: "El Carnaval del Río, patrimonio de un pueblo, fiesta de una región y nacionalidad de un país", es una propuesta encaminada a la formulación de proyectos, políticas y programas que permitan en el corto, mediano y largo plazo, un completo reconocimiento, preservación y difusión de los distintos valores representados en el carnaval.

BIBLIOGRAFÍA

- Boletín Historial Academia de Historia. Santa Cruz de Mompox No. 22, 23, 29, 30.
- Daniels G, Joce G. Diccionario, mitos y leyendas. Cartagena de Indias, 1999.
- . Historia, tradiciones y leyendas de Talaigua. Cartagena de Indias, 1994.
- Friedemann, Nina S. De carnaval en Barranquilla. Editorial la Rosa. Bogotá, Colombia, 1984.
- Julián Antonio. La Perla de América, Provincia de Santa Marta. Bogotá, Academia Colombina de Historia, 1980.
- Memorias Primer Encuentro Internacional de Carnavales: Pensar en Carnaval, Junio 2000, Barranquilla Colombia.
- Martínez Ubáñez, Simón: Filosofía, cultura e identidad en América Latina y el Caribe. Herramientas para escribir un ensayo. Valledupar 1999.
- Peña Galindo, David Ernesto y Arquez Van-Strahlen, Oscar. Espacio, poblamiento y sociedad en la Región Momposina. Ediciones Malibú. Mompox, 1994.
- Casa Editorial El Tiempo, Vision caribe. Barranquilla 7 de febrero de 2000.





Mama Francisco Gil y Familia. Cuenca del Don Diego.
Foto Simón José Esmeral Ariza. 2000.